



Guerra y civilización

Recuerdo un vídeo de Heimo Zobering en el que se ve a un francotirador en acción. La cámara está situada dentro de la habitación en la que está apostado, de modo que nunca se ve el objetivo hacia el que apunta. Con mecánica naturalidad el francotirador repite los mismos gestos: cargar, esperar, disparar, volver a cargar, volver a esperar, volver a disparar. La escena parece intrascendente. Pero al final de cada disparo hay una vida. Un mundo que se hunde.

La guerra es en el mundo una actividad cotidiana que mata a millones de personas. Hablamos de guerra cuando Estados Unidos entra en acción y todos los medios de comunicación siguen su estela. Pero la guerra está en muchas partes. Aunque de algunas ni siquiera nos enteramos porque también en la guerra hay clases. África está teñida de guerras. En cinco años murieron tres millones de personas en el Congo. ¿Cuántos ciudadanos del primer mundo tienen esta guerra en sus pensamientos? En Ruanda, se produjo el último genocidio del siglo xx, ante la pasividad del resto del mundo, empezando por la ONU que hizo otra demostración de impotencia. Dicen que hubiera bastado una fuerza internacional de seis mil quinientos soldados para impedirlo. Y, ahora mismo, en Sudán, en la región de Darfur, hay setecientas mil personas atrapadas sin derecho a asistencia sanitaria y sin que el mundo se preocupe de ellas. Y Uganda, y Chechenia y Cachemira y muchos conflictos más.

La violencia es un elemento constitutivo de la experiencia humana, atravesada por esta diferencia de potencial que determina todas las relaciones entre personas y que Michel Foucault llamó poder. El rito y la palabra han sido dos instrumentos tradicionales contra la violencia. El rito ayuda a sublimarla, aunque a veces la tensión se desborde y se convierta en catalizador. La palabra es el mejor antídoto contra la violencia, hasta que irrumpe la demagogia para ponerla a trabajar a favor de la expansión de la violencia. Por más que Jean-Jacques Rousseau hiciera del hombre un perfecto irresponsable, cargando sobre las relaciones sociales la culpa de todas las maldades, algo profundo vincula al hombre y a la violencia. No en vano el deseo de sobrevivir obligó a éste a ceder parte de su libertad al Estado (Hobbes) y a controlar sus pulsiones en el proceso de civilización (Freud), aún al precio de un indudable malestar que provoca recurrentes estallidos de una violencia que no se agota.

Entre las formas de violencia humana están las guerras, que desde el origen de los tiempos han enfrentado a tribus, comunidades, ciudades, naciones e imperios (nosotros contra otros) en pugna por la tierra, por el agua, por la riqueza o simplemente por la voluntad de poder. La guerra ha tenido diversas manifestaciones en la historia conforme al potencial tecnológico y a la macrofísica del poder de cada momento. La guerra entra en la modernidad como prolongación de la política por otros medios y, en el siglo xx, se hace guerra de masas, con movilización total de la ciudadanía y una creciente implicación de la retaguardia en el conflicto. Además de la guerra de masas, el siglo ha aportado los crímenes de lógica (Albert Camus), la guerra de destrucción masiva (y como consecuencia –positiva– la disuasión nuclear) y, en su período final, la privatización de la guerra (con sensible pérdida del monopolio de la violencia por parte del Estado) y la dispersión de las armas de destrucción masiva.

«La paz es un cuando un hombre sólo tiene miedo a las serpientes», dice un anciano de la tribu acholi en la devastada Uganda, según reporta Ramón Lobo en *El País*. Pero para construir la paz hay que mirar la cara a la guerra. Sólo así, dejando de columpiarnos en la buena conciencia del alma bella pacifista, puede que algún día la humanidad consagre el tabú de la guerra.



«En guerra» es una exposición que pretende mostrar el imaginario de las guerras del siglo xx. No se trata de emitir ninguna sanción moral, ni de hacer una exposición militante. Simplemente, se intenta exponer el proceso de construcción mental que conduce a una sociedad a la guerra y moviliza a sus ciudadanos en torno a ella, las construcciones culturales que la acompañan y las huellas que deja en la experiencia y en la memoria de los pueblos.

No es una exposición coyuntural. Su origen y preparación son anteriores a las movilizaciones de rechazo social a la guerra de Irak. Aunque es de esperar que este retorno de la política repercuta en la exposición en una actitud más activa y motivada de los visitantes. Al fin y al cabo una exposición, como todo trabajo de creación, es lo que es y lo que de ella hacen sus receptores.